



Sue Cowley. *Rebelión en el aula. Claves para manejar a los alumnos conflictivos*. Bilbao: Desclee de Brouwer. 2010. 308 págs. ISBN: 978-84-330-2378-0.

El libro suscita reacciones contrapuestas sucesivamente. Comienza despertando un gran interés el título: «Rebelión en el aula». Este título parece prometer propuestas educativas, si no revolucionarias, rompedoras en alguna medida. Una rebelión contra las clases anodinas, aburridas, contra la mera reproducción de rutinas, una rebelión contra la sumisión,

para buscar vías de diálogo y cooperación para tratar educativamente los conflictos en el aula.

Pero el término «manejar» en el subtítulo, la lectura del índice y los primeros capítulos, donde aparecen reiterativamente expresiones como «manejo conductual», «cómo lograr y mantener el control», etc., conducen directa e inevitablemente a propuestas de la racionalidad técnica de base conductista, que con su aplicación del esquema estímulo-respuesta se sitúa en las antípodas de la primera percepción y pretende simplificar una realidad muy compleja. No se trataba de rebelarse sino de acabar con cualquier modo de posible rebelión del alumnado en el aula. La conducta y lo conductual lo invade todo y las «claves» a las que se alude en el subtítulo devienen recetas que supuestamente pueden imponerse en cualquier aula de un modo sencillo y eficaz para «conseguir tener esa clase maravillosa, en silencio y atentos» (p. 245).

Llama la atención especialmente el título de un apartado del capítulo 3: «Ser razonables, *pero no pararse a razonar con ellos*» (p. 65). Constantemente insiste en que el profesorado debe mostrarse firme, expresar claramente lo que desea que haga el alumnado, «hacer aseveraciones, no preguntas»... La implicación del alumnado, su participación, el diálogo, la negociación, etc., son estrategias que no se ponen de relieve en este libro. Nuestra larga experiencia educativa en todos los niveles del sistema educativo español dice, sin embargo, que para que un grupo de estudiantes cumpla unas normas, no hay mejor forma que

negociarlas con ellos y acostumbrarles a ser responsables de sí mismos y de los demás. Resulta llamativo que Cowley diga:

El equipo directivo competente escuchará detenidamente lo que digan sus profesores. Desarrollará la política de conducta del colegio conjuntamente con todo el personal que trabaja en el centro, incluidos los miembros no docentes. El personal, consecuentemente, tendrá una sensación de autoría, lo que hará mucho más probable que dicha política se aplique de una forma consistente (p. 215).

Cuánta razón tiene Cowley en este párrafo, pero ¿por qué excluye toda posibilidad de que funcione lo mismo con el alumnado? ¿Es que el alumnado es un mero recipiente pasivo que debe someterse sumisamente a la política que se le aplique?

La autora plantea que hay que «"entrenar" a nuestros chicos» y acude a un ejemplo cinematográfico muy significativo: «En la película *Poli de guardaría*, Arnold Schwarzenegger entrena su clase de niños pequeños como si estuvieran en una "academia de policía"». Puestos a hablar de niños pequeños, merece más la pena ver *Hoy empieza todo* de Bertran Tavernier. Si lo que se busca es un toque de humor, véase *Qué suerte ser profe* de Gerard Lauzier (cuyo título original francés es mucho más significativo: *Le plus beau métier du monde*). Si lo que se quiere es una visión más realista de una clase de primaria, ahí está «Ser o tener» de Nicolas Philibert. Desde luego, Schwarzenegger (y el cine en que interviene) no parece que sea un modelo de educador.

Cowley propone un sistema de motivación basado en las recompensas y los castigos, como ella misma dice, el sistema de la «zanahoria y el palo», que refleja una concepción no muy positiva del alumnado. Curiosamente, la propia autora afirma en el capítulo 10, titulado «Qué dicen los estudiantes»: «Sorprendentemente, los estudiantes no se sentían especialmente impresionados por la mayoría de las recompensas que daban en el colegio» (p. 182). A la mayoría del profesorado no les resultará sorprendente. Algo más adelante añade: «Lo estudiantes más jóvenes estaban ansiosos por conseguir méritos, pero señalaron que eran principalmente los "niños buenos" quienes los querían, y por consiguiente no eran particularmente útiles como una forma de control conductual» (p. 183). La autora insiste a lo largo de la obra en el uso de recompensas, sanciones, menciones honoríficas, etc., que según los propios estudiantes no son efectivas con el alumnado conflictivo, que es de quien pretende ocuparse el libro.

La autora desgrana a lo largo del libro una serie de consejos basados en el sentido común, que pueden ser útiles en ocasiones, pero basados en estrategias de motivación extrínseca, aunque hoy está generalmente admitido que la motivación intrínseca es la de mejor calidad. La motivación intrínseca se basa en estimular en nuestro alumnado el interés por la propia tarea, por el aprendizaje de las materias que pretendemos que aprendan mostrándoles lo valiosas, interesantes e incluso apasionantes que pueden llegar a ser, utilizando, por ejemplo, conflictos cognitivos que a partir del choque con sus ideas previas, les sorprendan y les provoquen la necesidad de estudiar para buscar respuestas adecuadas para resolver el conflicto, en lugar de estudiar algo sin interés sólo para aprobar un examen, obtener cualquier otro tipo de recompensa extrínseca o evitar cualquier tipo de castigo o estimulación aversiva. Pero comprendemos que esto es un proceso complicado y largo.

Necesitamos un orden útil en la clase, pero antes de aplicar estrategias basadas en el uso de premios y castigos como propone Cowley convendría reflexionar sobre cuestiones como las siguientes:

- Organizar un concurso produce siempre un ganador, que quizá se sienta muy motivado, pero produce al mismo tiempo muchos perdedores que quizá no se sientan tan motivados. Eso sin entrar en el refuerzo que supone de la competitividad mientras resaltamos la cooperación en nuestros objetivos.
- Imponer como sanción la realización de determinadas tareas escolares o la permanencia en clase durante un tiempo extra está comunicando a los estudiantes que las tareas o la clase son algo desagradable, son un castigo.

Quizá el capítulo 7 «Enseñar de forma que favorezca la buena conducta» debería ir al principio. Y si después de hacer todos los esfuerzos por conseguir unas clases interesantes y por comprender a nuestro estudiantes, sus problemas y las causas de los mismos, todavía seguimos teniendo problemas de conducta en el aula, entonces pueden ser útiles algunos de los consejos de Cowley en los seis primeros capítulos. Nadie duda de que en el aula sea imprescindible un mínimo orden útil para poder trabajar, enseñar y aprender.

A partir del capítulo 7 se produce un cierto equilibrio y reconciliación de contrarios y conviven propuestas y recomendaciones

que nos parecen muy útiles, interesantes y positivas, con recetas un tanto estereotipadas de cuya utilidad no estamos convencidos.

En cuanto a los aspectos formales, no cabe la menor duda de que el título es impactante, pero aparte de algunas erratas que salpican el texto y que podrían ser disculpables, no resulta comprensible qué sentido tiene poner en el encabezado de las páginas pares el título de los capítulos con minúscula inicial y en las páginas impares el nombre y apellido de la autora con minúsculas, máxime cuando va precedido del título del libro correctamente escrito con mayúscula inicial. Quizá pretenda ser moderno, pero no dejan de ser faltas de ortografía. Sorprende también la utilización de expresiones como «e.g.» (p. 91 y otras), para sustituir a «por ejemplo». Quizá se refiere a la expresión latina *verbi gratia*, pero entonces debería decir v.g.

El libro parece estar pensado para el profesorado de centros privados ingleses. Insiste reiterativamente en la formación de filas y alude a aspectos como «las corbatas atadas correctamente». Puede ser un útil recetario especialmente para profesores noveles, aunque el profesorado experimentado siempre encontrará ideas interesantes para reflexionar sobre las estrategias que utiliza habitualmente. Esa es la clave fundamental para relacionarse adecuadamente con el alumnado y para mejorar constantemente los procesos de enseñanza y aprendizaje, reflexionar críticamente sobre nuestra práctica a la luz de las aportaciones teóricas de cualquier racionalidad. Si además damos un paso más e incorporamos a la reflexión a los compañeros y compañeras, transformando la reflexión individual en colectiva, compartida y colaborativa, avanzaremos en el camino de la perfección, de la educación integral, siendo conscientes de que es un camino sin fin, una utopía (*ou topos* = no lugar), algo que no tendrá nunca lugar, pero por lo que merece la pena luchar cada día.

En definitiva, bienvenidas sean siempre aportaciones y reflexiones sobre estudiantes conflictivos, pues son los que de verdad nos necesitan como educadores. Los «niños buenos», inteligentes y aplicados aprenden sin nuestra intervención y, a veces, a pesar de ella.

*Primitivo Sánchez Delgado*  
Facultad de Educación  
Universidad Complutense de Madrid (España)